

Los libros de la selva

Rudyard Kipling

Los libros
de la selva

Traducción de **Rebeca Bouvier Ballester**

Navona

Primera edición

Abril de 2022

Publicado en Barcelona por Editorial Navona SL

Editorial Navona es una marca registrada de Suma Llibres SL

Aribau 153, 08036 Barcelona

navonaed.com

Dirección editorial Ernest Folch

Edición Xènia Pérez

Diseño gráfico Alex Velasco y Gerard Joan

Maquetación y corrección Moelmo

Papel tripa Oria Ivory

Papel cubierta Geltex K

Tipografías Heldane y Studio Feixen Sans

Distribución en España UDL Libros

ISBN 978-84-19179-17-3

Depósito legal B 1498-2022

Impresión Romanyà-Valls, Capellades

Impreso en España

Título original *The Jungle Books*

Rudyard Kipling

© de la presente edición: Editorial Navona SL, 2022

© de la traducción: Rebeca Bouvier Ballester, 2022

Navona apoya el copyright y la propiedad intelectual. El copyright estimula la creatividad, produce nuevas voces y crea una cultura dinámica. Gracias por confiar en Navona, comprar una edición legal y autorizada y respetar las leyes del copyright, evitando reproducir, escanear o distribuir parcial o totalmente cualquier parte de este libro sin el permiso de los titulares. Con la compra de este libro, ayuda a los autores y a Navona a seguir publicando.

Índice

EL LIBRO DE LA SELVA

Los hermanos de Mowgli	9
<i>Canción de caza de la Manada de Seeonee</i>	37
La cacería con Kaa	38
<i>Canción de los Bandar para el camino</i>	71
¡Tigre! ¡Tigre!	73
<i>Canción de Mowgli</i>	96
La foca blanca	98
<i>Lukannon</i>	124
Rikki-tikki-tavi	126
<i>Canto de Darzee</i>	147
Toomai de los Elefantes	149
<i>Shiva y el saltamontes</i>	175
Los sirvientes de Su Majestad	177
<i>Canción del desfile de los animales del campamento</i>	200

EL SEGUNDO LIBRO DE LA SELVA

De cómo llegó el Miedo	205
<i>La Ley de la Selva</i>	228
El milagro de Purun Bhagat	232
<i>Canción de Kabir</i>	253
¡Que la selva arrase!	254
<i>Canción de Mowgli contra las personas</i>	292
Los enterradores	294
<i>Canción de la onda</i>	325
El <i>ankus</i> del rey	327
<i>Canción del Pequeño Cazador</i>	352
Quiquern	354
<i>Angutivaun Taina</i>	386
El Perro Rojo	388
<i>Canción de Chil</i>	422
Retozos de primavera	424
<i>Canción de despedida</i>	453

APÉNDICE

En el <i>ruk</i>	459
------------------	-----

EL LIBRO DE LA SELVA

Los hermanos de Mowgli

La canción de la noche en la selva

Rann, el Milano, nos trae la noche
que Mang, el Murciélago, libera.
Encerrad los rebaños en establos y refugios,
pues hasta el amanecer andamos acechando.
Es la hora del orgullo y la fuerza,
la garra, el colmillo y la zarpa.
¡Oíd la llamada! ¡Buena caza a todos
los que acatan la Ley de la Selva!

Eran las siete de una tarde muy calurosa en las colinas de Seeonee¹ cuando Padre Lobo despertó de su descanso, se rascó, bostezó y abrió las garras, una a una, para deshacerse de la sensación de sopor de las puntas. Madre Loba estaba echada con su gran hocico gris metido entre los lobeznos, torpes y protestones; la luna iluminaba la boca de la cueva donde vivían.

—¡Grr! —dijo Padre Lobo—. Es hora de salir a cazar otra vez.

¹ Seoni, localidad y distrito de la India central. (*Si no se especifica lo contrario, todas las notas son del editor.*)

Iba a dar un salto colina abajo cuando una sombra pequeña con cola peluda cruzó el umbral y lloriqueó:

—Que la suerte te acompañe, oh, Jefe de los Lobos. Y que la buena suerte acompañe a tus nobles hijos y tengan unos dientes fuertes y blancos, y que nunca olviden a los hambrientos de este mundo.

Era el chacal —Tabaqui, el lamedor de platos—, y los lobos de la India desprecian a Tabaqui porque corre por ahí haciendo travesuras, contando mentiras y comiendo trozos de tela y pedazos de cuero de los montones de basura de las aldeas. Pero también le tienen miedo porque Tabaqui, más que ninguna otra criatura en la jungla, es propenso a la locura, y se olvida de que en algún momento le tuvo miedo a este o aquel, y corre por la selva mordiendo a todo el que se cruce en su camino. Hasta el tigre huye y se esconde cuando el pequeño Tabaqui se vuelve loco, porque la locura es lo más deshonesto que le puede suceder a una criatura salvaje. Nosotros la llamamos hidrofobia, pero ellos la llaman *dewanee* —la locura— y huyen de ella.

—Entra, pues, y mira —dijo Padre Lobo, con frialdad—, aunque aquí no hay comida.

—Para un lobo puede que no —dijo Tabaqui—, pero para alguien mezquino como yo, un hueso pelado equivale a un buen festín. ¿Acaso los Gidur² podemos permitirnos ser tan escrupulosos?

Se escabulló al fondo de la cueva, donde encontró el hueso de un ciervo con algo de carne, y se sentó a romper la punta con alegría.

² Gidur significa chacal.

—Gracias a todos por esta buena comida —dijo, lamiéndose el hocico—. ¡Qué bellos son los nobles cachorros! ¡Qué grandes sus ojos! ¡Y son tan jóvenes! Claro que, sin duda, debería haber recordado que los hijos de reyes son hombres desde el principio.

Desde luego, Tabaqui sabía perfectamente que no hay nada tan desafortunado como elogiar a los pequeños cuando están presentes, y se sintió complacido al ver cómo incomodaba a Madre Loba y Padre Lobo.

Tabaqui siguió sentado, disfrutando de su malicia, y luego dijo, con desdén:

—Shere Khan³ el Grande ha cambiado de territorio de caza. Durante este ciclo lunar irá en busca de presas por estas colinas. Es lo que me ha dicho.

Shere Khan era el tigre que vivía cerca del río Waingunga, a unos treinta kilómetros de distancia.

—¡No tiene derecho! —empezó a decir enfadado Padre Lobo—. Según la Ley de la Selva, no tiene derecho a cambiar de territorio sin previo aviso. Asustará a toda la caza en quince kilómetros a la redonda y yo... ahora he de matar por dos.

—No por nada su madre lo llamó Lungri⁴ —murmuró Madre Loba—. Es cojo de nacimiento. Por eso solo caza ganado. Ahora, los habitantes de las aldeas de Waingunga están enfadados con él y viene aquí a poner furiosos a nuestros aldeanos. Rastrearán la jungla en su busca cuando él ya esté

³ Shere Khan significa jefe de los tigres. Shere por tigre, Khan, un título, por jefe.

⁴ Lungri significa cojo.

lejos, y nosotros y nuestros hijos tendremos que huir cuando prendan fuego al pasto. Sin duda, tendremos mucho que agradecerle a Shere Khan.

—¿Puedo hacerle llegar tu gratitud? —dijo Tabaqui.

—¡Fuera! —saltó Padre Lobo—. Fuera de aquí y vete a cazar con tu amo. Ya has causado suficiente daño por una noche.

—Me voy —dijo discretamente Tabaqui—. Oigo a Shere Khan entre los matorrales. Podría haberme ahorrado el mensaje.

Padre Lobo prestó atención y, abajo, en el valle que discurre junto al riachuelo, oyó el soniquete del lamento seco, enfadado y amenazador del tigre que no ha cazado nada y al que no le importa que toda la selva lo sepa.

—¡Idiota! —dijo Padre Lobo—. ¡Empezar la noche montando ese escándalo! ¿Acaso cree que nuestros ciervos son como los gordos bueyes de Waingunga?

—Chitón. Esta noche no va en busca ni de bueyes ni de ciervos —dijo Madre Loba—. Caza a un hombre.

El quejido se había transformado en una especie de roneo cantarín que parecía venir de todas las direcciones que marca una brújula. Era el sonido que desconcierta a los leñadores y gitanos que duermen al aire libre, y que los hace correr a veces hacia la mismísima boca del tigre.

—¡Un hombre! —dijo Padre Lobo mostrando sus colmillos blancos—. ¡Puaj! ¿Acaso no hay suficientes escarabajos o ranas en los depósitos para que tenga que comerse a un hombre? Y encima en nuestro territorio.

La Ley de la Selva, que nunca ordena nada sin una razón concreta, prohíbe a todos los animales comerse a un hombre

excepto cuando este mata para enseñar a su prole a matar, y entonces debe ser cazado fuera del territorio de su manada o tribu. La verdadera razón para esto es que matar a un ser humano significa que, tarde o temprano, el hombre blanco llegará montado en elefantes, acompañado por hombres morenos con gongs, cohetes y antorchas. Entonces, todo el mundo en la selva sufrirá. Entre los animales, la explicación que dan para esta norma es que el hombre es el ser más débil e indefenso, y se considera poco caballeroso tocarlo. También dicen —y es cierto— que los comedores de hombres acaban sarnosos y pierden los dientes.

El ronroneo se hizo más fuerte y acabó en un «aaaarr» a pleno pulmón cuando el tigre se lanzó sobre su presa.

Entonces se oyó un aullido que no era el típico de un tigre y que fue lanzado por Shere Khan.

—Se le ha escapado —dijo Madre Loba—. ¿Qué ves?

Padre Lobo corrió unos metros y oyó a Shere Khan murmurando salvajemente mientras se revolcaba en los matorrales.

—El idiota ha sido tan estúpido como para lanzarse contra la hoguera de un leñador y se ha quemado las zarpas —dijo Padre Lobo con un gruñido—. Tabaqui está con él.

—Algo está subiendo la colina —dijo Madre Loba torciendo una oreja—. Prepárate.

Los matorrales crujiéron un poco y Padre Lobo bajó los cuartos traseros, listo para dar un salto. Entonces, si hubierais estado mirando, habríais visto la cosa más maravillosa del mundo: al lobo corrigiendo su salto en el aire. Padre Lobo había iniciado el salto antes de ver sobre qué se estaba lanzando y después intentó detenerse. El resultado fue que se im-

pulsó hacia arriba un metro o metro y medio, y aterrizó casi en el mismo sitio de su despegue.

—¡Un ser humano! —gritó—. Una cría de hombre. ¡Mira!

Justo frente a él, sosteniéndose en una rama baja, había una pequeña criatura desnuda que apenas caminaba, suave y con hoyuelos, la cosa más diminuta que jamás se había acercado a la cueva de un lobo en plena noche. Levantó la vista para mirarle la cara a Padre Lobo y rio.

—¿Es eso una cría de hombre? —dijo Madre Loba—. Nunca he visto ninguna. Tráela aquí.

Un lobo acostumbrado a transportar a sus propios lobeznos puede, si es necesario, llevar un huevo en la boca sin romperlo, y aunque las mandíbulas de Padre Lobo se cerraron en la espalda del crío, ni un solo diente le había dejado marca alguna cuando lo depositó entre los cachorros.

—¡Qué pequeño! Qué desnudo y... ¡qué valiente! —dijo Madre Loba con ternura. El bebé se abrió paso entre los lobeznos para llegar a la piel caliente—. Ajá. Está comiendo con los otros. Así que esto es un Cachorro de Hombre. Dime, ¿puede algún lobo alardear de haber criado un Cachorro de Hombre entre sus propios hijos?

—Alguna vez he oído historias, pero nunca en nuestra manada, ni en mi época —dijo Padre Lobo—. No tiene pelo y lo podría matar apenas rozándolo con mi garra. Pero míralo, levanta la vista y no tiene miedo.

La luz de la luna dejó de llegar al interior de la cueva porque la gran cabeza y los hombros de Shere Khan se habían quedado atrapados en la entrada. Detrás de él, Tabaqui chillaba:

—Mi señor, mi señor; ha entrado ahí.

—Shere Khan nos honra con su visita —dijo Padre Lobo, pero sus ojos indicaban que estaba enfadado—. ¿Qué necesita Shere Khan?

—Mi presa. Un Cachorro de Hombre ha entrado ahí —dijo Shere Khan—. Sus padres han escapado. Dámelo.

Shere Khan se había lanzado sobre la hoguera de un campamento de leñadores, tal como había dicho Padre Lobo, y estaba furioso porque le dolían sus zarpas quemadas. Padre Lobo sabía que la entrada de la cueva era demasiado estrecha para los hombros del tigre y tenía las patas delanteras apiñadas por la falta de espacio, como un hombre que pretende pelear metido dentro de un barril.

—Los Lobos somos un pueblo libre —dijo Padre Lobo—. Estamos a las órdenes del Jefe de la Manada y no de un asesino de ganado. El Cachorro de Hombre es nuestro y podemos matarlo si así lo decidimos.

—¿Que si lo decidís o no? ¿Qué es esto de decidir? ¡Por el buey que maté! ¿Acaso he de quedarme aquí en esta perre-
ra esperando a lo que en justicia me corresponde? Os está hablando Shere Khan.

El rugido del tigre retumbó en la cueva con la intensidad de un trueno. Madre Loba se sacudió los cachorros de encima y dio un salto adelante. Sus ojos, como dos lunas verdes en la oscuridad, se enfrentaron a los ojos de fuego de Shere Khan.

—Y la que te responde soy yo, Raksha, el Demonio. El Cachorro de Hombre es mío, Lungri; mío para hacer lo que yo decida. No se le va a matar. Vivirá para corretear con la Manada y cazar con la Manada. Y, al final, presta atención, cazador de ranitas desnudas, comedor de sapos y asesino de peces, al final será él quien te cazará a ti. Y ahora vete de aquí,

o por el sambhur⁵ que maté (yo no como ganado hambriento), te mandaré, bestia chamuscada de la selva, de vuelta a tu madre más cojo que cuando llegaste a este mundo. ¡Vete!

Padre Lobo la miró con admiración. Casi había olvidado cuando ganó a Madre Loba en una pelea justa con otros cinco lobos, la época en que ella corría con la Manada y la llamaban el Demonio, y no por galantería. Puede que Shere Khan se hubiera enfrentado a Padre Lobo, pero nunca pelearía con Madre Loba, porque sabía que, donde se encontraba, ella disponía de ventaja y lucharía a muerte. De modo que retrocedió gruñendo, y cuando estuvo a cierta distancia dijo:

—Todos los perros ladran en su propia casa. Ya veremos qué dice la Manada sobre esto de recoger cachorros de hombre. El cachorro es mío, y al final acabará entre mis colmillos. ¡Ladrones de cola peluda!

Jadeando, Madre Loba se echó junto a sus pequeños y Padre Lobo le dijo, serio:

—Shere Khan tiene razón. Hemos de presentar al cachorro ante la Manada. ¿Aún lo quieres, Madre?

—¿Quererlo? —dijo con voz entrecortada—. Ha llegado desnudo, en plena noche, solo y muy hambriento. Y, sin embargo, no tiene miedo. Mira, ya ha empujado a uno de mis pequeños a un lado. Y ese carnicero cojo lo habría matado y se habría largado a Waingunga. Y entonces, los de la aldea habrían venido a cazar a nuestras guaridas para vengarse. ¿Quererlo? Por supuesto que sí. Échate, ranita. Oh, Mowgli..., porque te llamaré Mowgli, la Rana... Llegará un día en que tú perseguirás a Shere Khan como él te ha perseguido a ti.

⁵ El sambhur, o sambar, es un ciervo de la India de gran tamaño.

—Pero ¿qué dirá la Manada? —dijo Padre Lobo.

La Ley de la Selva establece muy claramente que, al casarse, todo lobo tiene permitido alejarse de la Manada a la cual pertenece. Pero en cuanto sus lobeznos han crecido lo suficiente para tenerse en pie, debe llevarlos ante el Consejo de la Manada, que normalmente se reúne una vez al mes con la luna llena, para que así los demás lobos puedan identificarlos. Después de la inspección, los cachorros pueden ir por donde les plazca, y hasta que no hayan cazado a su primer ciervo, ningún lobo adulto miembro de la Manada tiene permitido matar a ninguno de ellos. El castigo para el asesino es la muerte y, bien pensado, es natural que esto sea así.

Padre Lobo esperó hasta que sus cachorros fueron capaces de corretear y entonces, la noche en que la Manada se reunía, los llevó junto a Mowgli y Madre Loba a la Roca del Consejo, la cima de una colina cubierta de rocas y peñascos donde cien lobos podían esconderse. Akela, el Lobo Solitario, grande y gris, que dirigía la Manada gracias a su fuerza y astucia, estaba echado cuan largo era sobre su roca, y más abajo se sentaban unos cuarenta lobos de todos los tamaños y colores, desde los más veteranos, del color de los tejones, capaces de vencer ellos solos a un ciervo, hasta los jóvenes de tres años, de negro pelaje, que se creían capaces de vencer solos a un ciervo. El Lobo Solitario los había dirigido durante un año. En su juventud había caído dos veces en una trampa para lobos y una vez había sido apaleado y dado por muerto. De modo que conocía los usos y costumbres de los hombres. Se hablaba poco en la Roca. Los cachorros estaban jugueteando en el centro del círculo formado por los padres y las madres y, de vez en cuando, un lobo adulto se acercaba silenciosamente

a un cachorro, lo miraba con detenimiento y regresaba a su sitio pisando sin hacer ruido. A veces, una madre empujaba a su cachorro hacia la luz de la luna, para asegurarse de que nadie pasara por alto a su pequeño. Akela, desde su roca, gritaba:

—¡Ya conocéis la Ley, ya conocéis la Ley! ¡Mirad bien, Lobos!

Las ansiosas madres repetían la llamada:

—¡Mirad! ¡Mirad bien, Lobos!

Por último —y los pelos del pescuezo de Madre Loba se erizaron cuando llegó el momento—, Padre Lobo empujó a Mowgli, la Rana, pues así es como lo llamaban, al centro del círculo, donde se quedó sentado, riendo y jugando con unos guijarros que brillaban a la luz de la luna.

Akela no levantó la cabeza de entre sus patas, sino que prosiguió con su canto monótono:

—¡Mirad bien!

Un rugido apagado surgió de detrás de las rocas. Era la voz de Shere Khan, que gritó:

—El cachorro es mío. Dádmelo. ¿Qué hace el Pueblo Libre con un Cachorro de Hombre?

Akela ni se molestó en torcer las orejas. Lo único que dijo fue:

—¡Mirad bien, Lobos! El Pueblo Libre no recibe órdenes de nadie que no pertenezca al Pueblo Libre. ¡Mirad bien!

Se alzó un coro de gruñidos graves y un joven lobo en su cuarto año arrojó de vuelta a Akela la pregunta de Shere Khan:

—¿Qué hace el Pueblo Libre con un Cachorro de Hombre? La Ley de la Selva establece que, si hay alguna disputa respec-

to al derecho de un cachorro a ser aceptado por la Manada, al menos dos miembros de la Manada que no sean su padre o su madre deben interceder por él.

—¿Quién intercede por este cachorro? —preguntó Akela—. ¿Quién entre el Pueblo Libre va a hablar?

No hubo respuesta y Madre Loba se preparó para la que sabía que sería su última pelea, si es que se llegaba a la pelea.

Entonces, la única otra criatura que tiene permitido asistir al Consejo, Baloo —el tranquilo oso pardo que enseña a los cachorros la Ley de la Selva, el viejo Baloo que puede ir y venir como le plazca porque solo come nueces y raíces y miel—, se levantó sobre sus cuartos traseros y gruñó:

—¿El Cachorro de Hombre? ¿El Cachorro de Hombre? —dijo—. Yo intercedo por el Cachorro de Hombre. Un Cachorro de Hombre es inofensivo. No tengo el don de la palabra, pero digo la verdad. Dejadlo que corra con la Manada y que se mezcle con los otros. Yo mismo le enseñaré.

—Aún necesitamos a otro —dijo Akela—. Baloo ha hablado. Es el maestro de nuestros cachorros. ¿Quién hablará además de Baloo?

Una sombra negra descendió sobre el círculo. Era Bagheera, la Pantera Negra, toda ella como la tinta, pero con las marcas de las panteras que aparecen según la luz, como los estampados del muaré. Todo el mundo conocía a Bagheera⁶ y nadie osaba cruzarse en su camino, porque era astuto como Tabaqui, valiente como el búfalo salvaje y peligroso como un elefante

⁶ Bagheera es una pantera macho y ese será su género a lo largo de todo el libro. Lo mismo ocurrirá con otros personajes como la serpiente Kaa, la mangosta Rikki-tikki-tavi, la foca Kotick o Thuu, la Cobra Blanca. (*N. de la T.*)

herido. Pero tenía la voz suave como la miel silvestre que cae del árbol, y el pelaje sedoso como plumón.

—Oh, Akela, y vosotros, el Pueblo Libre —ronroneó—. No tengo ningún derecho en vuestra asamblea, pero la Ley de la Selva dicta que, si surge alguna duda que no sea cuestión de vida o muerte para un nuevo cachorro, la vida de dicho cachorro puede ser adquirida a un precio. Y la Ley no dicta quién debe pagar el precio. ¿Me equivoco?

—¡Bien! ¡Bien! —dijeron los lobos jóvenes, que siempre tienen hambre—. Escuchad a Bagheera. El cachorro puede ser adquirido a un precio. Lo dicta la Ley.

—Sabiendo que no tengo derecho a hablar aquí, os pido permiso.

—Habla entonces —dijeron veinte voces.

—Matar un cachorro es una vergüenza. Además, seguro que cazarlo de adulto sería más divertido. Baloo ha intercedido por él. Yo añadiré a la palabra de Baloo un buey, uno gordo, recién cazado, a menos de ochocientos metros de aquí, si queréis aceptar al Cachorro de Hombre según la Ley. ¿Lo veis difícil?

Se oyó el clamor de una veintena de voces que decían:

—Qué importa. Morirá cuando lleguen las lluvias de invierno. Se abrasará al sol. ¿Qué daño podría hacernos una rana desnuda? Que corra con la Manada. ¿Dónde está el buey, Bagheera? Que sea aceptado.

Entonces se oyó el aullido grave de Akela, que proclamaba:

—¡Mirad bien! ¡Mirad bien, Lobos!

Mowgli seguía interesado en los guijarros y no se dio cuenta de que los lobos se acercaban, uno a uno, y lo miraban con detenimiento. Finalmente, descendieron la colina a por el

buey y solo quedaron Akela, Bagheera, Baloo y los lobos de Mowgli. Shere Khan seguía rugiendo en medio de la noche, enfurecido porque no le habían entregado a Mowgli.

—Eso es, sigue rugiendo —dijo Bagheera entre dientes—. Vaticino que llegará el día en que esta cosilla desnuda te hará rugir otra canción, o no sé nada del hombre.

—Bien hecho —dijo Akela—. Los hombres y sus cachorros son muy sabios. Con el tiempo, puede que este nos ayude.

—Es verdad, ayudará en un momento de necesidad. Nadie confía en liderar la Manada para siempre —dijo Bagheera.

Akela no dijo nada. Pensó en el momento que le llega al jefe de toda manada cuando le fallan las fuerzas y se vuelve cada vez más y más débil, hasta que finalmente halla la muerte bajo las garras de sus lobos y surge un nuevo jefe... que a su vez será aniquilado cuando le llegue su hora.

—Llévatelo —le dijo a Padre Lobo—, y prepáralo como a un miembro del Pueblo Libre.

Y así fue como Mowgli fue introducido en la Manada de Lobos de Seonee por el precio de un buey y la palabra de Baloo.

Ahora habréis de conformaros y permitirme dar un salto de diez u once años, y limitaros a imaginar la maravillosa vida de Mowgli entre los lobos, porque si la tuviera que escribir, ocuparía demasiados volúmenes. Mowgli creció entre los cachorros. Lógicamente, estos llegaron a lobos adultos antes que él a niño, y Padre Lobo le enseñó todo lo pertinente, así como el significado de las cosas en la selva, hasta que el susurro de la hierba, cada bocanada de la cálida brisa nocturna,

cada nota exhalada por los búhos encima de su cabeza, el rasguño de las garras del murciélago al posarse brevemente en una rama y la salpicadura de cada pececillo que salta en un estanque significaron tanto para Mowgli como significa el trabajo de oficina para un hombre de negocios. Cuando no estaba aprendiendo se sentaba al sol y dormía, y comía y volvía a dormirse; cuando se sentía sucio o hacía calor se bañaba en los estanques naturales de la selva, y cuando quería miel (Baloo le explicó que comer miel y nueces era tan agradable como la carne cruda) trepaba para conseguirla, algo que Bagheera le había enseñado a hacer. Bagheera, tendido en una rama, decía:

—Ven, Hermanito.

Al principio, Mowgli se aferraba como un perezoso, pero más adelante fue capaz de saltar de rama en rama con la misma valentía que el mono gris. También ocupaba su propio sitio en la Roca del Consejo cada vez que la Manada se reunía, y allí descubrió que, si fijaba la mirada en alguno de los lobos, este acababa por apartarla, de modo que solía mirarlos fijamente por diversión. En otras ocasiones, arrancaba las espinas de las almohadillas de sus amigos, puesto que los lobos sufren mucho con los pinchos o las vainas espinosas que se les enganchan en el pelaje. Por la noche bajaba la montaña hasta los campos cultivados y miraba con curiosidad a los aldeanos en sus cabañas, pero desconfiaba de los humanos porque Bagheera le había enseñado un cajón cuadrado con una puerta guillotina tan astutamente escondido en la selva que por poco cae en él. Bagheera le explicó que eso era una trampa. Pero lo que más le gustaba era adentrarse con la pantera en lo más profundo, oscuro y caluroso de la selva, dormir a lo

largo de todo el somnoliento día, y por la noche observar cómo cazaba el felino. Bagheera mataba a diestro y siniestro, dependiendo del hambre que tuviera, y lo mismo hacía Mowgli, salvo una excepción. En cuanto fue lo suficientemente mayor para tener entendimiento, Bagheera le explicó que jamás había de tocar el ganado, porque se le había permitido vivir con la Manada gracias a un buey.

—La selva es toda tuya —dijo Bagheera—, y puedes matar todo lo que tu fuerza te permita, pero, por el buey que compró tu vida, nunca deberás matar o comer ganado, tanto si es joven como adulto. Esta es la Ley de la Selva.

Y Mowgli la acataba al dedillo.

Y creció y se hizo fuerte como cualquier niño que no sabe que está aprendiendo sus lecciones y que no tiene nada de qué preocuparse, excepto de comer.

Madre Lobo le dijo un par de veces que debía desconfiar de Shere Khan, y que algún día tendría que matarlo; pero, aunque un joven lobo habría recordado este consejo a todas horas, Mowgli lo olvidaba porque era tan solo un niño (aunque él habría dicho que era un lobo de haber sido capaz de hablar la lengua del hombre).

Shere Khan siempre se cruzaba con él en la selva, porque, a medida que Akela se había ido haciendo mayor y más débil, el tigre cojo se había ido haciendo amigo de los lobos más jóvenes de la Manada, que lo seguían para conseguir las sobras, cosa que Akela nunca habría permitido si se hubiera atrevido a imponer su autoridad y marcar los límites adecuados. Shere Khan adulaba a los jóvenes y se sorprendía de que unos cazadores tan estupendos se dejaran liderar por un lobo moribundo y un cachorro de humano.

—Me dicen —observaba Shere Khan— que en el Consejo no os atrevéis a mirarlo a los ojos.

A esto los jóvenes lobos respondían gruñendo y erizándose.

Bagheera, que tenía ojos y oídos por todas partes, se enteraba de estas cosas, y en ocasiones le recordaba a Mowgli de forma categórica que algún día Shere Khan lo mataría. Mowgli se reía y contestaba:

—Tengo a la Manada y te tengo a ti. Y Baloo, aunque sea tan perezoso, es capaz de dar un par de zarpazos para defenderme. ¿Por qué iba a tener miedo?

Un día de mucho calor, a Bagheera se le ocurrió una idea que le vino de algo que había oído. Quizás fuera algo que le había dicho Ikki, el Puercoespín. En cualquier caso, cuando estaban en las profundidades de la selva, mientras el niño yacía con la cabeza apoyada sobre el bello pelaje negro de Bagheera, la pantera le dijo a Mowgli:

—Hermanito, ¿cuántas veces te he dicho que Shere Khan es tu enemigo?

—Tantas veces como frutos tiene esa palmera —dijo Mowgli que, naturalmente, no sabía contar—. ¿Y qué? Tengo sueño, Bagheera, y a Shere Khan lo que le gusta es presumir y jactarse igual que Mao, el Pavo Real.

—Pues no es momento de dormir. Baloo lo sabe, yo lo sé, la Manada lo sabe. Incluso los estúpidos ciervos lo saben. Tabaquí también te lo ha dicho.

—¡Je, je! —dijo Mowgli—. Tabaquí vino a mí no hace mucho llamándome groseramente Cachorro de Hombre desnudo y diciendo que no era digno ni de escarbar trufas; pero yo lo agarré por la cola y lo arrojé dos veces contra un árbol de palma para enseñarle buenas maneras.

—Eso fue una estupidez porque, a pesar de que Tabaqui es un chismoso, te habría explicado una cosa que te concierne a ti. Abre los ojos, Hermanito. Shere Khan no se atreve a cazarte en la selva, pero recuerda que Akela es muy viejo, y pronto llegará el día en que no podrá matar un ciervo y dejará de ser el jefe. Muchos de los lobos que te miraron cuando Padre Lobo y Madre Loba te llevaron ante el Consejo también son viejos, y los jóvenes creen, tal como les ha enseñado Shere Khan, que un Cachorro de Hombre no tiene cabida en la Manada. Y dentro de poco serás un hombre.

—¿Y qué tiene un hombre para que no pueda correr junto a sus hermanos? —preguntó Mowgli—. Nací en la selva. He acatado la Ley de la Selva y no hay lobo al que no le haya quitado una espina de la zarpa. ¡Pues claro que son mis hermanos!

Bagheera se estiró cuan largo era y entrecerró los ojos.

—Hermanito —dijo—, tócame la quijada.

Mowgli levantó su fuerte mano morena y, justo debajo de la piel sedosa de Bagheera, donde sus gigantes y sólidos músculos se escondían tras el brillante pelaje, descubrió un área pequeña sin pelo.

—Nadie en la selva sabe que yo, Bagheera, cargo con el peso de esta marca, la marca del collar. Y, sin embargo, Hermanito, nací entre los humanos, y fue entre ellos donde murió mi madre, en las jaulas del Palacio del Rey en Oodeypore.⁷ Esta es la razón por la que pagué por ti en el Consejo, cuando no eras más que un cachorrillo desnudo. Sí. Yo también nací entre los humanos. Nunca había visto la selva. Me alimenta-

⁷ En adelante, Udaipur, ciudad del estado de Rajastán, la India. (*N. de la T.*)

ban, entre rejas, usando una bandeja de hierro, hasta que una noche sentí que era Bagheera, la Pantera Negra, y no un juguete para los hombres, y con apenas un golpe rompí el estúpido cerrojo y escapé. Y puesto que había aprendido las costumbres de los hombres, en la selva fui más terrible que Shere Khan. ¿Acaso no es así?

—Sí —respondió Mowgli—. Todos en la selva temen a Bagheera. Todos menos Mowgli.

—Tú eres un Cachorro de Hombre —dijo la Pantera Negra con ternura—. E igual que yo volví a la selva, tú al final tendrás que volver con los hombres, los hombres que son tus hermanos..., si no te matan en el Consejo.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué querría nadie matarme? —preguntó Mowgli.

—Mírame —dijo Bagheera, y Mowgli lo miró fijamente a los ojos. La gran pantera apartó la vista al cabo de unos segundos—. Esa es la razón —dijo, moviendo la zarpa por encima de las hojas—. Ni siquiera yo puedo sostenerte la mirada. Y eso que nací entre los humanos, y te amo, Hermanito. Los otros te odian porque no pueden sostenerte la mirada, porque eres sabio, porque les has arrancado espinas de las patas..., porque eres un hombre.

—No lo sabía —dijo Mowgli malhumorado y frunció sus espesas cejas negras.

—¿Qué dice la Ley de la Selva? Da el primer golpe y monta jaleo. Saben que eres hombre porque te muestras des preocupado. Pero sé inteligente. En el fondo de mi corazón sé que cuando Akela no sea capaz de matar la próxima vez (y cada vez que sale a cazar le cuesta más acorralar a un ciervo), la Manada se volverá contra él y contra ti también. Celebrarán

un Consejo de la Selva en la Roca y entonces..., entonces... ¡Ya lo tengo! —dijo de repente Bagheera dando un salto—. Ve rápidamente a las chozas de los hombres en el valle y trae la Flor Roja que crece allí, de modo que, cuando llegue el momento, tú dispongas de un amigo más fuerte que yo o Baloo, o los de la Manada que te quieren bien. Ve a buscar la Flor Roja.

Bagheera se refería al fuego, solo que no había criatura en la selva que llamara al fuego por su nombre real. Todo animal siente pavor ante el fuego e inventa mil maneras de describirlo.

—¿La Flor Roja? —dijo Mowgli—. Crece dentro de sus cabañas cuando anochece. Conseguiré un poco.

—Así habla un verdadero Cachorro de Hombre —dijo Bagheera, orgulloso—. Recuerda que crece dentro de pequeñas ollas. Consigue una y guárdala para cuando la necesites.

—¡Bien! Iré. Pero ¿estás seguro, oh, mi Bagheera... —Mowgli rodeó con el brazo su espléndido cuello y lo miró directamente a sus enormes ojos—, de que todo esto es cosa de Shere Khan?

—Por el Cerrojo Roto que me liberó, estoy seguro, Hermanito.

—Entonces, por el buey que hizo posible que me compraras, Shere Khan pagará con creces, si no más, por esto —dijo Mowgli, y se alejó dando brincos.

—Esto es un hombre. Esto sí que es un hombre —dijo Bagheera mientras volvía a echarse—. Oh, Shere Khan, nunca fuiste tan desafortunado en la caza como cuando quisiste atrapar una rana hace diez años.

Corriendo veloz, Mowgli se adentró en la selva, con el corazón abrasando en su pecho. Llegó a la cueva cuando se

levantaba la neblina del alba. Respiró hondo y bajó la vista al valle. Los lobeznos estaban afuera, pero Madre Lobo, que estaba en el fondo de la cueva, supo por la respiración forzada que algo le preocupaba a su rana.

—¿Qué ocurre, hijo? —dijo.

—Habladurías de Shere Khan —respondió—. Esta noche voy a cazar en los campos de cultivo.

Y desapareció entre los matorrales, en dirección al río que corría en el fondo del valle. Allí se detuvo a prestar atención porque oyó el ulular de la Manada cuando caza, oyó el bramar de un sambhur apresado y el resoplido del ciervo regresando. Después advirtió los aullidos crueles y amargos de los lobos jóvenes.

—¡Akela! ¡Akela! Dejad que el Lobo Solitario demuestre su fuerza. Haced sitio al Jefe de la Manada. ¡Salta, Akela!

El Lobo Solitario debió de haber saltado y perdido la presa porque Mowgli oyó el chasquido de sus colmillos y después un aullido cuando el sambhur lo derrumbó con sus patas delanteras.

No esperó, sino que prosiguió veloz su camino y los aullidos se fueron alejando a medida que corría hacia las tierras cultivadas donde vivían los aldeanos.

—Es verdad lo que ha dicho Bagheera —se dijo, jadeando, cuando se acurrucó en un montón de forraje para ganado que había junto a la ventana de una choza—. Mañana será un día importante, tanto para Akela como para mí.

Luego acercó la cara a la ventana y observó el fuego en el hogar. Durante la noche vio que la esposa del campesino se levantaba y lo avivaba con unos pedazos negros de carbón; y cuando llegó la mañana y la neblina era toda blanca y fría,

vio que el hijo cogía un recipiente de mimbre con el interior revestido de arcilla y lo llenaba de pedazos de carbón al rojo vivo, lo colocaba bajo la manta, y salía a ocuparse de las vacas en el establo.

—¿Eso es todo? —se dijo Mowgli—. Si un cachorro puede hacerlo, entonces no hay nada que temer.

De modo que dobló la esquina y fue a encontrarse con el niño, le arrebató el recipiente y desapareció en la neblina mientras el pequeño chillaba asustado.

—Se parecen mucho a mí —dijo Mowgli soplando en el recipiente, tal como había visto hacer a la mujer—. Estas ascuas se apagarán si no las alimento.

Y arrojó ramitas y cortezas secas encima de las brasas. A mitad de la colina se encontró con Bagheera. Su pelaje brillaba como piedras preciosas por el rocío del amanecer.

—Akela dejó escapar la presa —dijo la pantera—. Lo habrían matado anoche, pero también te necesitaban. Te buscaron por la colina.

—Estaba en los campos de cultivo. Estoy listo. ¡Mira!
—Mowgli levantó el recipiente con el fuego.

—¡Bien! He visto a hombres meter una rama en esa cosa y entonces la Flor Roja se abre en el extremo. ¿No tienes miedo?

—No. ¿Por qué iba a tener miedo? Ahora me acuerdo (a menos que sea un sueño) de cómo yo, antes de que fuera un Lobo, solía yacer junto a la Flor Roja, y recuerdo que era cálida y agradable.

Todo ese día Mowgli lo pasó en la cueva atendiendo el fuego del recipiente y metiendo ramas secas para ver lo que ocurría. Encontró una rama que le satisfizo y al anochecer,

cuando Tabaqui fue a la cueva y le dijo de malas maneras que le esperaban en la Roca del Consejo, Mowgli se echó a reír hasta que el chacal salió corriendo. Entonces Mowgli, sin dejar de reír, se encaminó al Consejo.

Akela, el Lobo Solitario, estaba echado a un lado de su roca en señal de que la posición de Jefe de la Manada estaba vacante, y Shere Khan, con sus lobos alimentados de sobras, caminaba de un lado a otro sin dejar de ser halagado abiertamente. Bagheera estaba echada cerca de Mowgli, y el recipiente del fuego estaba entre las piernas del niño. Cuando se congregaron todos, Shere Khan empezó a hablar, algo que nunca habría osado hacer cuando Akela estaba en la plenitud de su vida.

—No tiene derecho —susurró Bagheera—. Dilo. No es más que el hijo de un perro. Se asustará.

Mowgli se levantó de un salto.

—Pueblo Libre —gritó—, ¿es acaso Shere Khan el Jefe de la Manada? ¿Qué tiene que ver un tigre con nuestros líderes?

—Viendo que el puesto de jefe está vacante y que se me ha pedido que hable... —empezó a decir Shere Khan.

—¿Quién? —preguntó Mowgli—. ¿Acaso somos todos chacales que adulan a este asesino de ganado? Los jefes de la Manada solo pertenecen a la Manada.

Hubo gritos de «silencio, Cachorro de Hombre», «dejad que hable, pues ha acatado nuestras Leyes». Y, finalmente, los más mayores de la Manada vociferaron:

—Dejad que hable el Lobo Muerto.

Cuando el líder de una manada deja escapar una pieza, se le llama Lobo Muerto el resto de su vida, que por lo general no es muy larga.

Akela levantó su vieja cabeza con cansancio.

—Pueblo Libre, y vosotros también, chacales de Shere Khan. Durante doce estaciones os he liderado en las cacerías y en todo este tiempo ni uno de vosotros ha sido atrapado o mutilado. Ahora he dejado escapar una pieza. Sabéis que todo fue planeado. Sabéis que me condujisteis a un ciervo sin experiencia para dejar patente mi debilidad. Fue un plan ingenioso. Por lo tanto, pregunto, ¿quién será el que acabe con el Lobo Solitario? Es mi derecho, según la Ley de la Selva, que vengáis a mí de uno en uno.

Hubo un largo silencio. Ningún lobo quería luchar a muerte con Akela. Entonces, Shere Khan rugió:

—¡Bah! ¿Por qué perder tiempo con este idiota desdentado? Está condenado a morir. Es el Cachorro de Hombre el que ha vivido demasiado. Pueblo Libre, su carne es mía. Dádmelo. Ya me he cansado de esta tontería del niño lobo. Ha causado problemas en la selva durante diez estaciones. Dadme al Cachorro de Hombre, o me quedaré a cazar para siempre en este territorio y no os daré ni un hueso. Es un hombre, es el hijo de un hombre, y lo odio hasta la médula.

Entonces, más de la mitad de la Manada gritó:

—¡Un hombre! ¡Un hombre! ¿Qué hace un hombre entre nosotros? Que se vaya por donde vino.

—¿Y que toda la gente de las aldeas se ponga en contra de nosotros? —clamó Shere Khan—. No. Dádmelo. Es un hombre. Y ninguno de nosotros es capaz de mirarlo a los ojos.

Akela volvió a levantar la cabeza y dijo:

—Ha comido nuestra comida. Ha dormido con nosotros. Nos ha traído caza. No ha incumplido una sola palabra de la Ley de la Selva.

—Además, yo pagué por él con un buey cuando fue aceptado. El valor de un buey es poco, pero el honor de Bagheera es algo por lo que él quizás luchará —dijo Bagheera con la más dulce de las voces.

—¡Un buey de hace diez años! —rugió la Manada—. ¿Qué nos importan huesos de hace diez años?

—¿Y una promesa? —dijo Bagheera, mostrando sus dientes blancos—. ¿Acaso no os llamáis Pueblo Libre?

—Ningún Cachorro de Hombre corre con los Habitantes de la Selva —aulló Shere Khan—. ¡Dádmelo a mí!

—Es nuestro hermano, aunque no lo sea de sangre —prosiguió Akela—, y lo queréis matar aquí. Es verdad que yo he vivido mucho tiempo. Algunos de vosotros coméis ganado y he oído decir que otros, según las enseñanzas de Shere Khan, salís por la noche y arrebatáis del umbral de la casa del aldeano a sus hijos. Por lo tanto, sé que sois cobardes, así que hablo a los cobardes. Es verdad que debo morir, y que mi vida no vale nada, de otro modo la ofrecería a cambio de la del Cachorro de Hombre. Pero, por el Honor de la Manada (un detalle que por carecer de líder habéis olvidado), prometo que si permitís que el Cachorro de Hombre regrese al lugar de donde vino, cuando me llegue la hora de morir no os clavaré un colmillo. Moriré sin luchar. Eso ahorrará a la Manada al menos tres vidas. Más no puedo hacer. Pero si queréis, os puedo salvar de la vergüenza que viene de matar a un hermano que no ha cometido falta, un hombre representado y adoptado por la Manada según la Ley de la Selva.

—¡Es un hombre!... ¡Un hombre!... ¡Un hombre! —rugió la Manada, y la mayoría de los lobos se congregaron alrededor de Shere Khan, que empezó a mover la cola de un lado a otro.

—Ahora todo está en tus manos —le dijo Bagheera a Mowgli.

Mowgli se puso en pie, y en sus manos sostenía el recipiente que contenía el fuego. Entonces extendió los brazos y bostezó ante el Consejo; aunque lo cierto es que estaba furioso, airado y apenado porque, siendo lobos, estos nunca le habían dicho lo mucho que lo odiaban.

—Oídmeme —gritó—. Todo este parloteo es innecesario. Esta noche me habéis llamado tantas veces hombre (y, sin duda, habría sido un lobo con vosotros hasta el final de mi vida), que siento que vuestras palabras son verdad. De modo que ya no os llamaré hermanos, sino *sag*,⁸ como debiera hacer un hombre. Sea lo que sea lo que hagáis o dejéis de hacer, no estáis en posición de decidir. Eso es algo que me toca a mí, y para que lo veáis con más claridad, yo, el hombre, he traído un poco de la Flor Roja que vosotros, perros, teméis.

Arrojó el recipiente al suelo y parte de las ascuas rojas encendieron una mata de musgo seco que prendió. Todo el Consejo retrocedió aterrizado ante las llamas saltarinas.

Mowgli metió la rama seca en el fuego hasta que las ramitas más finas se encendieron y restallaron, y la agitó por encima de su cabeza, entre los lobos aterrizados.

—Tú eres el amo —dijo Bagheera con voz grave—. Salva a Akela de la muerte. Él siempre fue tu amigo.

Akela, el viejo y digno lobo que no había pedido clemencia en su vida, lanzó una mirada lastimera a Mowgli, que permanecía en pie y desnudo ante todos, con su larga melena negra rozándole los hombros, bañado por la luz de la rama ardiente que hacía que las sombras saltaran y se estremecieran.

⁸ Perros.

—Bien —dijo Mowgli mirando lentamente alrededor—. Veo que sois unos perros. Voy a dejaros por mi propia gente... si es que son en verdad mi propia gente. La selva me ha sido prohibida y he de olvidar vuestra habla y compañía, pero seré más compasivo que vosotros. Porque he sido vuestro hermano excepto de sangre, prometo que, cuando sea un hombre entre los hombres, no os traicionaré ante ellos como vosotros me habéis traicionado a mí.

Le dio una patada al fuego y las chispas revolotearon.

—No habrá guerra entre nosotros y la Manada. Pero he aquí una deuda a pagar antes de que me vaya.

Anduvo hasta donde se encontraba Shere Khan pestañeando estúpidamente ante las llamas, y lo agarró por la mata de pelo de su mentón. Bagheera lo siguió por si acaso había un accidente.

—Levántate, perro —gritó Mowgli—. Levántate cuando te hable un hombre, o prenderé fuego a tu pelaje.

Shere Khan aplastó las orejas contra su cráneo y cerró los ojos porque tenía muy cerca la rama en llamas.

—Este asesino de ganado ha dicho que me mataría en el Consejo porque no acabó conmigo cuando era un cachorro. De esta manera, pues, pegamos a los perros cuando somos hombres. Mueve siquiera un bigote, Lungri, y te embutiré la Flor Roja en el esófago.

Le pegó a Shere Khan en la cabeza con la rama y el tigre gimoteó y se quejó en una agonía de miedo.

—¡Bah! Gato de la selva chamuscado, ilárgate! Pero recuerda que cuando vuelva la próxima vez a la Roca del Consejo, como corresponde a un hombre, lo haré con la piel de Shere Khan en mi cabeza. En cuanto al resto, Akela es libre

de vivir como le plazca. No lo mataréis, porque no es lo que quiero. Tampoco creo que os quedéis sentados aquí durante mucho tiempo más, repantingados como si fuerais alguien importante, y no perros a los que voy a echar de este lugar. Así que, ilargaos!

El fuego ardía furioso en el extremo de la rama y Mowgli iba golpeando a diestro y siniestro por todo el círculo, y los lobos corrieron aullando mientras las chispas quemaban su pelaje. Al final ya solo quedaron Akela, Bagheera y quizás diez lobos que se habían puesto de parte de Mowgli. Entonces algo empezó a dolerle en el pecho a Mowgli como nunca antes en su vida, y suspiró y sollozó, y las lágrimas rodaron por su cara.

—¿Qué me pasa? ¿Qué me pasa? —dijo—. No quiero abandonar la selva y no sé qué es esto. ¿Estoy muriendo, Bagheera?

—No, Hermanito. Eso son solo lágrimas como las que derraman los hombres —dijo Bagheera—. Ahora sé que eres un hombre y que ya no eres un cachorro. En efecto, la selva te ha sido prohibida de ahora en adelante. Déjalas rodar, Mowgli. Son solo lágrimas.

Así que Mowgli se sentó y lloró como si su corazón se hubiera roto. Nunca antes en su vida había llorado.

—Ahora —dijo—, voy a ir a donde los hombres. Pero primero he de decirle adiós a mi madre.

Y se fue a la cueva donde la loba vivía con Padre Lobo, y lloró en su pelaje mientras los cuatro cachorros aullaban con tristeza.

—¿No me olvidaréis? —dijo Mowgli.

—Nunca mientras seamos capaces de seguir un rastro —dijeron los lobeznos—. Ven al pie de la colina cuando seas

hombre y te hablaremos. Y por la noche iremos a jugar contigo en las tierras cultivadas.

—Ven pronto —dijo Padre Lobo—. Oh, sabia ranita, ven pronto, porque tu madre y yo nos hacemos viejos.

—Ven pronto —dijo Madre Loba—. Mi pequeño hijo desnudo. Escucha, hijo de hombre, te he amado a ti más de lo que nunca he amado a mis cachorros.

—Vendré sin falta —dijo Mowgli—. Y cuando venga será para extender la piel de Shere Khan sobre la Roca del Consejo. No me olvidéis. Decid a todo el mundo en la selva que nunca me olviden.

Ya amanecía cuando Mowgli descendió solo por la ladera de la colina para ir al encuentro de esas misteriosas criaturas llamadas hombres.